

873
Z



PQ 2501
F38
v.1



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

La culpa del Padre Mouret

LIBRO PRIMERO

I

La Teuse, al entrar, puso la escoba y el plumero adosados al altar. Habíasele hecho tarde, disponiendo la leña del semestre. Atravesó la iglesia para tocar el "Ave María", cojeando aún más por la prisa que se daba y atropellando los bancos. La cuerda, al lado del confesionario, caía del techo, lisa, gastada y terminada por un grueso nudo, gresiento por el roce de las manos. Colgóse a ella con toda su mole, con movimientos acompasados, y prosiguió después este ejercicio, enrollada en sus sayas, con la cofia de medio lado y como estallándole la sangre de su ancho rostro.

Después de haberse enderezado la cofia con un ligero manotón, la Teuse, sofocada, volvió a dar algunos escobazos delante del altar. El polvo se obstinaba en quedarse allí, un día y otro, entre las tablas mal unidas del estrado. La escoba escudriñaba los rincones con irritado gruñido. Levantó en seguida el tapete del altar, y se puso hecha un basilisco al cerciorarse de que el gran mantel de en-

cima, zurcido ya en veinte partes, presentaba un nuevo agujero de desgaste en mitad de la mitad; veíase por allí el segundo lienzo, doblado en dos, tan deteriorado, tan claro también, que permitía ver la piedra consagrada, encuadrada en el altar de madera pintada. Sacudió aquellos lienzos, enrojecidos por el uso, paseando ahincadamente el plumero a lo largo de la tarima en que apoyó los cuadros litúrgicos. Después, encaramándose sobre una silla, despojó la cruz y dos de los candelabros de sus fundas de percalina amarilla. El cofre estaba tomado con manchas oscuras.

—¡Bien está!—dijo la Teuse a media voz,—necesitan una buena limpieza. Los fregaré con tierra de Trípoli.

Entonces, corriendo con una sola pierna, con derrengamientos y sacudidas capaces de hundir las losas, se dirigió a la sacristía en busca del Misal, que colocó sobre el atril, del lado de la Epístola, sin abrirlo y con el canto vuelto hacia el centro del altar. Encendió las dos velas, y llevándose la escoba, dirigió una mirada a su alrededor para asegurarse de que el servicio de Dios misericordioso quedaba en su punto. La iglesia dormía; tan sólo la cuerda, junto al confesionario, seguía oscilando, desde la bóveda hasta el suelo, con movimiento prolongado y flexible.

El padro Mouret acababa de bajar a la sacristía, pequeña habitación fría, que no estaba separada del comedor sino por un pasillo.

—Buenos días, señor cura—dijo la Teuse, quitándosele de encima.—¡Ay! Esta mañana se le han pegado a usted las sábanas. ¿Sabe usted que son las seis y cuarto?

Y sin dar tiempo para contestar al joven sacerdote, que se sonreía:

—Tengo que reñir a usted—prosiguió.—El mantel continúa agujereado. Esto es no tener un adarme de juicio. No nos queda más que uno de repuesto, y días hace que me desojo para remen-

darlo... Si sigue usted por ese camino va usted a dejar al pobre Jesús sin camisa que ponerse.

El padre Mouret continuaba sonriéndose, y dijo alegremente:

—Jesús no tiene necesidad de tanta ropa, mi buena Teuse. Siempre tiene calor y se le recibe como a un rey cuando se le quiere bien.

Después, dirigiéndose a una fuentecilla, preguntó:

—¿Se ha levantado mi hermana? No la he visto.

—Ya hace un buen rato que la señorita Deseada ha bajado—contestó la criada arrodillada ante un antiguo aparador de cocina, en donde se guardaban las ropas sagradas.—Ya está con sus gallinas y sus conejos... Ayer esperaba pollitos, que no han llegado. ¡Figúrese usted qué trastorno!

Y se interrumpió para decir:

—La casulla dorada ¿no es así?

El sacerdote, que se había lavado las manos, abstraído y balbuceando una oración, hizo una señal afirmativa. La parroquia tan sólo poseía tres casullas, una color de violeta, otra negra y otra de tela bordada de oro. Esta, que servía en los días en que el blanco, el colorado y el verde estaban prescritos, adquiría una importancia extraordinaria. La Teuse la levantó religiosamente del anaquel guarnecido de papel azul, en donde descansaba después de cada ceremonia, y la colocó sobre el aparador, levantando con precaución los lienzos finos que resguardaban los bordados. Un cordero de oro dormía sobre una cruz de oro también, rodeado de anchos rayos dorados. El tejido, rozado en los pliegues, dejaba ver unos diminutos flecos; los ornamentos en relieve se desgastaban y desaparecían poco a poco. Producíase en la casa una constante inquietud, una terrorífica ternura, al verla desaparecer por modo tal, lentejuela tras lentejuela. El cura tenía que ponérsela casi todos los días. ¿Y cómo reemplazarla? ¿cómo comprar las tres casu-

llas a las cuales suplía, cuando los últimos hilos de oro hubiesen desaparecido?

La Teuse, encima de la casulla colocó la estola, el manípulo, el cordón, el alba y el amito. Mas no cesaba de charlar, a medida que se ocupaba en poner el manípulo en cruz sobre la estola, y en extender el cordón como una guirnalda, de manera que trazase la veneranda inicial del santo nombre de María.

—No vale gran cosa este cordón, razonaba.— Tendríamos que determinarnos a comprar otro, señor cura... No valdría la pena, pues yo misma le tejería otro, si tuviese cáñamo.

El padre Mouret no contestó. Preparaba el cáliz sobre una mesita, un grande y viejo cáliz de plata sobredorada con pie de bronce, que acababa de sacar del fondo de un armario de madera blanca, en donde hallábanse encerrados los vasos y los paños sagrados, los Santos Oleos, los Misales, los candeleros, las cruces. Puso sobre la copa un purificadorio limpio, encima la patena de plata sobredorada, conteniendo una hostia, que cubrió con una pequeña pália de lino. Mientras que tapaba el cáliz, arreglando los dos pliegues del velo de oro, que formaba juego con la casulla, la Teuse exclamó:

—Espere usted: no se halla el corporal en la bolsa... Ayer tomé todos los purificadorios, las pálias y los corporales sucios para lavarlos, a parte se entiende, no en la colada... No se lo he dicho a usted, señor cura; acabo de poner en disposición la lejía; ha resultado superior, mejor que la última.

Y mientras el sacerdote metía unos corporales en la bolsa y la ponía sobre el velo, adornaba con una cruz de oro sobre fondo dorado, la Teuse repuso vivamente:

—¡A propósito, me olvidaba!... ese galopín de Vicente no ha llegado. ¿Quiere usted que ayude yo la misa, señor cura?

El joven sacerdote la miró con severidad.

—¡Eh! no es ningún pecado,—prosiguió con su

bondadosa sonrisa.—Ayudela una vez en tiempo del señor Caffin. Mejor la ayudo que muchos pilletes que se rien como paganos, sólo con que una mosca vuele en la iglesia... Vamos, por más que lleve gorro, que cuente sesenta años y que sea tan gruesa como una torre, respeto yo más al Dios de bondad que esos granujas de muchachos, a quienes, sin ir más lejos, sorprendí el otro día jugando a salta carnero detrás del altar.

El sacerdote continuaba mirando y negándose con la cabeza.

—Si este pueblo no es más que un agujero—gruñó...—¡Si no llegan a ciento cincuenta! Días hay, como el de hoy, en que no encontraría usted alma viviente en los Artaud. ¡Hasta los muchachos en pañales se van a las viñas! Si sabré yo lo que se hace en las viñas! Viñas que brotan debajo de los guijarros, tan secas como los cardos! Esta es tierra de lobos, a una legua de todo camino!... Pues a menos que un ángel no baje a ayudarle la misa, señor cura, no tiene usted a nadie más que a mí, palabra de honor, a no ser uno de los conejos de la señorita Deseada, con perdón sea dicho.

Pero precisamente en aquel momento, Vicente, el hijo menor de los Bricchet, empujó suavemente la puerta de la sacristía. Sus cabellos rojos y enmarañados y sus ojillos grises, que relucían, enfurruñaban a la Teuse.

—¡Ah, descreído!—exclamó,—apuesto a que vienes de hacer alguna de tus malas pasadas!... Acércate, granuja, ya que el señor cura teme que ensucie al bendito Dios.

Al ver al muchacho, el padre Mouret había tomado el amito. Besó la cruz bordada en el centro, llevó el lienzo un instante a su cabeza; después, aplicándolo al cuello de la sotana, cruzó y ató los cordones, el derecho por encima del izquierdo. Púsose en seguida el alba, símbolo de pureza, empujando por el brazo derecho. Vicente, que se había agachado, daba la vuelta en torno suyo, ajustán-

dole el alba, cuidando que cayese por igual por ambos lados, a dos dedos del suelo. En seguida presentó el cíngulo al sacerdote, con el que se ciñó fuertemente la cintura para recordar por tal modo las ligaduras con que el Salvador fué cargado en su Pasión.

La Teuse permanecía en pie, celosa, ofendida, y haciendo esfuerzos para callarse, pero sentía tal comézón en la lengua, que no tardó en proseguir:

—El hermano Archangías ha venido... Lo que es hoy no tendrá un muchacho en la escuela. Se ha ido como un huracán para ir a tirar de las orejas a toda esa granujería, en las viñas... Haría usted bien en verle, pues creo que tiene algo que decirle.

El padre Mouret le impuso silencio con un ademán. No había abierto los labios. Recitaba las oraciones litúrgicas, tomando el manipulo, que besó antes de ponérselo en el brazo izquierdo, bajo el codo, como signo indicador del trabajo de las buenas obras, y cruzando sobre el pecho, después de haberla igualmente besado, la estola, símbolo de su dignidad y de su poder. La Teuse tuvo que ayudar a Vicente a fijar bien la casulla, que sujetó con ayuda de delgados cordones, de manera que no cayese por detrás.

—¡Virgen Santa! he olvidado las vinajeras — balbuceó precipitándose hacia el armario.—Vamos volando, galopín!

Vicente llenó las vinajeras, botellitas de tosco vidrio, mientras que ella por su parte se apresuraba a sacar de un cajón un manutergo limpio. El padre Mouret, sosteniendo el cáliz con la mano izquierda por la peana y con los dedos de la derecha puestos sobre la bolsa, saludó profundamente, sin quitarse el bonete, a un Cristo de madera negra colocado encima del aparador. El muchacho se inclinó también; después, pasando delante, llevando las vinajeras, cubiertas con el manutergo, salió de la sacristía, seguido por el sacerdote, que andaba con los ojos bajos, en profunda devoción.

II

La iglesia, vacía, rebosaba de claridad en aquella mañana de mayo. La cuerda, junto al confesionario, pendía de nuevo, inmóvil. La mariposa, en un vaso de color, ardía, semejante a una mancha roja, a la derecha del tabernáculo, junto a la pared. Vicente, después de haber puesto las vinajeras sobre la credencia, volvió para arrodillarse a la izquierda, bajo la grada, en tanto que el sacerdote, después de saludar al Santísimo Sacramento con una genuflexión hasta el suelo, subía al altar, y extendía el corporal, en cuyo centro colocaba el cáliz. Después, abriendo el Misal, volvió a bajar. Una nueva genuflexión le inclinó profundamente; persignóse en voz alta, llevó juntas las manos al pecho, y dió principio al drama divino, con semblante pálido de fe y de amor.

—*Introito ad altare Dei.*

—*Ad Deum qui lactificat juventutem meam*— masculló Vicente, que se comía los responsorios de la antifona y del salmo, con las posas descansando en los talones y ocupado en seguir con la vista a la Teuse, que andaba de acá para allá en la iglesia.

La vieja criada miraba con inquieta actitud una de las velas. Su preoctrupación pareció ir en aumento, mientras que el sacerdote, profundamente inclinado, y con las manos juntas de nuevo, recita-

ba el *Confiteor*. Detúvose, dándose también golpes de pecho, con la cabeza, pero sin perder de vista la vela. La grave voz del sacerdote y los balbuceos del monaguillo se alternaron todavía durante un instante.

—*Dominus vobiscum.*

—*Et cum spiritu tuo.*

Y el sacerdote, extendiendo las manos y volviéndolas a juntar, dijo con tierna compunción:

—*Oremus.*

La Teuse no pudo contenerse más. Pasó detrás del altar, alcanzó el cirio y lo despabiló con las puntas de sus tijeras. La vela se corría; había ya dos lagrimones de cera perdida. Cuando volvió, poniendo en orden los bancos y asegurándose de que las pilas de agua bendita no estaban vacías, el sacerdote, subido al altar, y puestas las manos al borde del paño, rezaba en voz baja. Besó el altar.

Tras de él, la pequeña iglesia aparecía cenicienta con las primeras brumas de la mañana. El sol no se hallaba aun sino al ras de las tejas. Los *Kyrie, eleison* corrieron como un estremecimiento en aquella especie de establo, enjalbegado con cal, de bajo techo, del que tan sólo se veían las vigas estucadas. A cada lado, tres altas ventanas de vidrios claros rajados, rotos en su mayor parte, daban acceso a una claridad de crudeza gredosa. El viento del exterior penetraba allí brutalmente, poniendo al descubierto toda la miseria del Dios de aquel pueblecillo desierto. En el fondo, encima de la puerta principal, que nunca se abría, y cuyas hierbas obstruían el umbral, una tribuna de tablas, a la que se subía por una escalera de molinero, iba de una pared a otra, crugiendo bajo los zuecos los días de fiesta. Al lado de la escalera, el confesionario, con la tablazón desvencijada, se hallaba pintado de amarillo limón. En frente, al lado de la puerta pequeña, veíase el baptisterio, una antigua pila sostenida por una columna de mampostería. Luego, a derecha e izquierda, en el centro, veíanse

adosados dos altaritos, rodeados de barandillas de madera. El de la izquierda, consagrado a la Santísima Virgen, contenía una gran Madre de Dios, de yeso dorado, llevando majestuosamente una corona de oro asentada sobre sus castaños cabellos; sentado sobre el brazo izquierdo tenía un niño Jesús, desnudo y sonriente, cuya manita sostenía el estrellado globo del mundo. La Virgen andaba sobre nubes, con cabecitas de alados ángeles a los pies. El altar de la derecha, en que se rezaban las misas de difuntos, se hallaba ocupado por un Santo Cristo de cartón pintado, que hacía pareja con la Virgen; el Cristo era del tamaño de un niño de diez años, agonizando por espantosa manera, con la cabeza echada atrás, salientes las costillas, con el vientre hundido, los miembros retorcidos, salpicados de sangre. Veíase también el púlpito, una caja cuadrada, a que se subía por una escalerilla de cinco escalones, que se alzaba frontero a un reloj de pesas, encerrado en un armario de nogal y cuyos sordos golpes conmovían la iglesia entera, semejantes a los latidos de un corazón gigantesco, oculto en cualquier parte, bajo las losas. Todo a lo largo de la nave, las catorce estaciones del Calvario, catorce imágenes torpemente iluminadas, encuadradas en listones negros, manchaban con el amarillo, el azul y el rojo de la Pasión, la cruda blancura de las paredes.

—*Deo gratias*—balbuceó Vicente, al terminar la Epístola.

El misterio de amor, la inmolación de la santa víctima se preparaba. El acólito tomó el Misal, que llevó a la izquierda, del lado del Evangelio, teniendo buen cuidado de no tocar los registros del libro. Todas y cuantas veces pasaba por delante del tabernáculo, hacía de soslayo una genuflexión que le desvencijaba la cintura. Después, vuelto a la derecha, se mantenía en pie, con los brazos cruzados, durante la lectura del Evangelio. El sacerdote, después de haber hecho la señal de la cruz so-

bre el Misal, se persignó a su vez; en la frente, para significar que no se avergonzaría jamás de la palabra divina; en la boca, para demostrar que se hallaba siempre dispuesto a confesar su fe; en el corazón, para significar que el suyo pertenecía tan sólo a Dios.

—*Dominus vobiscum*—dijo volviéndose, con la mirada enternecida, frente a las frías blancuras de la iglesia.

—*Et cum spiritu tuo*—contestó Vicente, que había vuelto a arrodillarse.

Después de haber recitado el Ofertorio, el sacerdote descubrió el cáliz. Tuvo por un instante, a la altura de su pecho, la patena que contenía la hostia, que ofreció a Dios, por él, por los asistentes, por todos los fieles, vivos o muertos. Después, habiendo hecho que se deslizara al borde de los corporales, sin tocarla con los dedos, tomó el cáliz, que enjugó cuidadosamente con el purificadorio. Vicente había ido a tomar las vinajeras de encima de la credencia, que presentó, una después de la otra, primero la del vino y en seguida la del agua. El sacerdote ofreció entonces, para el mundo entero, el cáliz a medio llenar, que puso en medio de los corporales, en donde volvió a cubrirlo con la palia. Y habiendo orado nuevamente, volvió para hacerse verter agua, en delgado chorrillo, en las yemas del pulgar e índice de cada mano, con el objeto de purificarse de las menores manchas del pecado. Así que se hubo secado con el manutergo, la Teuse, que se hallaba en espera, vació el platillo de las vinajeras en un cubo de zinc, que se hallaba a un lado del altar.

—*Orate frateres*—continuó el sacerdote en voz alta, vuelto hacia los vacíos bancos, con las manos extendidas y vueltas a unir, en ademán de llamamiento a los hombres de buena voluntad.

Y volviéndose de nuevo al altar, prosiguió bajando la voz. Vicente masculló una larga frase latina, en la que se perdió. Entonces fué cuando en-

traron por las ventanas haces de claridades amarillas. No parecía sino que el sol, al llamamiento del sacerdote, venía a la misa. Iluminó, con anchas franjas de oro, la pared del lado izquierdo, el confesionario; el altar de la Virgen, el gran reloj. Una especie de crugido conmovió el confesionario; la Madre de Dios, circundada por los resplandores de su corona y de su manto de oro, sonrió rebosante de ternura al niño Jesús, con sus pintados labios; el reloj, como enardecido, dió la hora, con mayor intensidad. Parecía que el sol poblaba los bancos con el polvo que se agitaba en sus rayos. La pequeña iglesia, el establo blanqueado, pareció como que se poblaba de tibia multitud. De la parte de afuera, oíanse los susurros del dichoso despertar de la campiña, de las hierbas que suspiraban de satisfacción, de las hojas oreándose en el calor, de los pajarillos alisando sus plumas, preparándose para la primera volada. Hasta la campiña penetraba allí con el sol: en una de las ventanas, elevábase un gran serbal, dirigiendo sus ramas por los cristales rotos y extendiendo sus yemas, como para mirar al interior; y, por las hendiduras de la puerta principal, veíanse las hierbas de la escalinata, que amenazaban con invadir la nave. En medio de aquella vida creciente, tan sólo la imagen de Cristo, quedado a la sombra, difundía la muerte, la agonía de su carne embadurnada de ocre, y salpicada de laca. Un gorrión vino a posarse al borde de un agujero; miró y echó a volar en seguida; pero volvió casi al instante, y, con silencioso vuelo, fué a caer entre los escaños, ante el altar de la Virgen. Un segundo gorrión le siguió, y pronto, de todas las ramas del serbal, bajaron otros gorriones y se pusieron a pasear tranquilamente y a saltitos sobre las losas.

—*Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus, Deus, Sabaoth*—dijo el sacerdote a media voz, con los hombros ligeramente inclinados.

Vicente dió los tres campanillazos. Pero los go-

riones, asustados por aquel brusco tintineo, emprendieron el vuelo, con ruido tal de alas, que la Teuse, que hacía un instante había vuelto a la sacristía, se presentó de nuevo, regañando:

—¡Los muy bandidos! todo lo van a ensuciar... Apuesto a que la señorita Deseada ha vuelto a venir para ponerles migas de pan.

El terrible instante se acercaba. El cuerpo y la sangre de un Dios iba a bajar al altar. El sacerdote besaba el paño, juntaba las manos y multiplicaba la señal de la cruz sobre la hostia y sobre el cáliz. Las preces litúrgicas no se desprendían de sus labios sino con éxtasis de humildad y de agradecimiento. Sus actitudes, sus ademanes, las inflexiones de su voz, decían lo poco en que se tenía, la emoción que experimentaba al ser elegido para tan sublime tarea. Vicente fué a arrodillarse detrás de él; cogió la casulla con la mano izquierda, sostúvola ligeramente y aprestó la campanilla. Y el sacerdote con los codos apoyados en el borde del altar, teniendo la hostia entre el pulgar y el índice de cada mano, pronunció sobre ella las palabras de la consagración: *Hoc est enim corpus meum*. Después, habiendo hecho una genuflexión, la elevó lentamente, tan alta como le fué posible, siguiéndola con la vista, mientras que el acólito, prosternado, tocaba tres veces la campanilla. En seguida consagró el vino: *Hic est enim calix*, con los codos apoyados nuevamente en el altar, saludando, elevando el cáliz, siguiéndole también con los ojos, con la mano derecha en el fuste y con la izquierda sosteniendo el pie. El acólito dió los tres últimos campanillazos. El gran misterio de la Redención acababa de renovarse, la adorable Sangre corría una vez más.

—Esperad, esperad — gruñó la Teuse, tratando de espantar a los gorriones, apretando los puños.

Pero los gorriones no tenían miedo. Los muy desvergonzados habían vuelto revoloteando sobre los bancos, en medio de los campanillazos; hasta

podría decirse que los reiterados repiques les habían puesto alegres, pues con repetidos píos cortaban las palabras latinas con argentinas risas de pilluelos en libertad. El sol les enardecía las plumas, y la dulce pobreza de la iglesia les encantaba. Hallábase en su propia casa, como en una granja, en la que habriase dejado un tragaluz abierto, piando, peleándose, disputándose las migas encontradas en el suelo. Uno de ellos fué a posarse sobre el velo de oro de la Virgen que sonreía; otro fué, más que de prisa, a registrar las sayas de la Teuse, a quien tanta audacia sacó de quicio. En el altar, el sacerdote absorto, con los ojos fijos en la sagrada hostia, juntos el pulgar y el índice, no oía aquella invasión de la nave en la templada mañana de mayo, aquella oleada creciente de sol, de verdores, de avejillas, que se desbordaban hasta el pie del Calvario, en donde la condenada naturaleza agonizaba.

—*Per omnia secula seculorum*—dijo.

—*Amén*—contestó Vicente.

Finalizado el *Pater*, el sacerdote, poniendo la hostia encima del cáliz, la partió por en medio. Acto continuo, separó, de una de las dos mitades, una partícula que dejó caer en la preciosa Sangre, para expresar la unión íntima que iba a contraer con Dios por medio de la comunión. Dijo en alta voz el *Agnus Dei*, recitó en voz baja las tres Oraciones prescritas, hizo su acto de indignidad; y con los codos apoyados en el altar, con la patena bajo la barba, comulgó con las dos partes de la hostia a la vez. Luego, después de haber juntado las manos a la altura de su rostro, en ferviente meditación, recogió sobre los corporales, con ayuda de la patena, las santas partículas desprendidas de la hostia, que echó en el cáliz. Como una partícula se le hubiese adherido asimismo al pulgar, lo restregó con el extremo del índice. Y, persignándose con el cá-

liz, llevando nuevamente la patena bajo la barba, tomó la preciosa Sangre en tres veces, sin apartar los labios del borde de la copa, consumando hasta la última gota el divino Sacrificio.

Vicente se había levantado para tomar de nuevo las vinajeras de encima de la credencia. Pero la puerta del pasillo que llevaba al presbiterio, se abrió de par en par, golpeando contra la pared, para dar paso a una hermosa joven de veintidós años, de añinado aspecto, que ocultaba algo bajo el delantal.

—¡Hay trece!— exclamó.— ¡Todos los huevos eran buenos!

Y entreabriendo el delantal, dejó ver una echa-dura de polluelos, que bullían, con sus nacientes plumas, y con los negros puntos de sus ojillos.

—Miren ustedes, qué lindos son estos amorci-llos!... ¡Oh! ¡el blanquillo se sube encima de los otros! ¡Y aquel otro, el pintado, que ya agita las alas!... Los huevos eran de lo más superior: ¡ni uno siquiera ha resultado huero!

La Teuse, que, quieras que no, ayudaba la misa, pasando las vinajeras a Vicente, para las ablucio-nes, se volvió y dijo en voz alta:

—Cállese usted, señorita Deseada. Ya ve usted que no hemos concluido aún.

Un penetrante olor de corral llegaba por la puer-ta abierta, introduciendo como un fermento de producción en la iglesia, en el ardiente sol que lle-gaba al altar. Deseada permaneció un instante en pie, sintiéndose dichosa con el pequeño mundo de que era portadora, viendo a Vicente verter el vino de la purificación, y a su hermano beberse aquel vino, para que ninguna de las santas especies le quedase en la boca. Y todavía se encontraba allí, cuando él volvió, llevando el cáliz con ambas ma-nos, a fin de recibir en el pulgár y el índice, el vino y el agua de la ablución, que se bebió de igual manera. Mas en esto la gallina, buscando sus pe-queñuelos, llegaba cacareando y amenazando con

entrar en la iglesia. Entonces Deseada se fué, pro-digando maternas palabras a los polluelos, en el momento en que el sacerdote, después de haberse llevado el purificador a los labios, lo pasaba por los bordes y después por el interior del cáliz.

Aquello era el fin, las acciones de gracias tri-butadas al Señor. El sacerdote volvió a poner sobre el cáliz el purificador, la patena y la pália; des-pués volvió a arreglar los dos anchos pliegues del velo, y puso la bolsa, en la cual había doblado los corporales. Todo su ser respiraba ardiente acción de gracias. Pedía al cielo el perdón de sus pecados, la gracia de una santa vida, el merecimiento de la vida eterna. Quedábase como abismado en aquel milagro de amor, en aquella inmolación continua que le nutría a diario con la sangre y la carne de su Salvador.

Después de haber leído las Oraciones, volvióse y dijo:

—*Ite, missa est.*

—*Deo gratias*—contestó Vicente.

Después, habiéndose vuelto para besar el altar, volvió con la mano izquierda sobre el pecho, y ex-tendiendo la derecha, bendijo la iglesia, llena de la alegría del sol y del bullicio de los gorriones.

—*Benedicat vos omnipotens Deus Pater et Fi-lius, et Spiritus Sanctus.*

—*Amén*—dijo el acólito persignándose.

El sol iba remontando, y los gorriones se vol-vían cada vez más atrevidos. En tanto que el sa-cerdote leía, en el cuadro de la izquierda, el Evan-gelio de San Juan, anunciando la eternidad del Verbo, el sol inflamaba el altar, blanqueaba los ta-bleros de imitado mármol, anulaba la claridad de las dos velas, cuyos cortos pábilos tan sólo compo-nían dos sombrías manchas. El astro triunfante iluminaba con sus resplandores la cruz, los cande-labros, la casulla, el velo del cáliz, todo aquel oro que palidecía bajo sus rayos. Y cuando el sacerdo-te tomando el cáliz y haciendo una genuflexión de-

jó el altar para volver a la sacristía, con la cabeza cubierta, precedido del acólito, que llenaba las vinajeras y el manutergo, el astro quedóse sólo dueño de la iglesia. Habíase posado a su vez sobre el paño, iluminando esplendorosamente la puerta del tabernáculo, celebrando las fecundidades de mayo. El calor ascendía de las losas. Las paredes enjalbegadas, la Santísima Virgen y hasta el mismo Santo Cristo, sentían un estremecimiento de sávia, como si la muerte quedase vencida por la eterna juventud de la tierra.

III

La Teuse se apresuró a apagar los cirios; mas no se dió tanta prisa en querer echar a los gorriones. Así fué, que, cuando llevó el misal a la sacristía, ya no encontró allí al Padre Mouret, quien había puesto en orden los ornamentos sagrados, después de haberse lavado las manos, Hallábase ya en el comedor, en pie y desayunándose con una taza de leche.

—Debería usted prohibir a su hermana que echase migas de pan en la iglesia—dijo la Teuse al entrar.—El invierno pasado fué cuando se descolgó con tan bonita gracia. Decía que los gorriones tenían frío y que el Dios de misericordia muy bien podía alimentarlos... Ya verá usted como acabará por conseguir que usted se acueste con sus pollos y sus conejos.

—Estaríamos más abrigados—contestó alegremente el joven sacerdote.—Siempre está usted riñendo, la Teuse. Deje usted que nuestra pobre Deseada tenga cariño a sus animalejos. No tiene más placer la pobre inocente.

La criada se plantó en medio de la pieza.

—¡Oh, usted!—repuso.—¡Usted permitiría que hasta las urracas hiciesen sus nidos en la iglesia! Usted no ve nada, todo lo encuentra de perlas... Su hermana de usted es de lo más feliz con que se

la haya traído a su lado, cuando salió del seminario. Sin padre ni madre, querría yo saber quién le permitiría andar chapoteando en un corral, como ella lo hace.

En seguida, cambiando de tono y enterneciéndose, prosiguió:

—En verdad que sería una lástima que se la contrariara... No tiene ni asomo de malicia. Como si no tuviera más que diez años, aunque es una de las más robustas muchachas del país... Como usted sabe, todavía la acuesto por la noche, y tengo que contarle cuentos como a una niña, para que se duerma.

El padre Mouret se había quedado en pie, dando fin a su taza de leche, con los dedos algo colorados por la frialdad del comedor; grande pieza cuadrada, pintada de gris, sin más muebles que una mesa y algunas sillas. La Teuse retiró una servilleta que había extendido en un ángulo de la mesa, para almorzar.

—Apenas ensucia usted la ropa—murmuró.— Cualquiera diría que no puede usted sentarse que está usted siempre a punto de irse... ¡Ah! si hubiese usted conocido al señor Caffin, el pobre difunto cura a quien usted ha reemplazado. ¡Aquél sí que era un hombre amigo de la comodidad! No habría podido digerir si hubiese comido de pie... Era normando, de Canteleu, como yo. ¡Oh! no le doy gracias por haberme traído a esta tierra de lobos. En los primeros tiempos, ¡cuánto nos aburríamos, gran Dios! El pobre sacerdote había tenido asuntos muy desagradables en nuestro país... Pero, señor cura, ¡si no ha puesto usted azúcar en la leche!... ¡Ahí tiene usted los dos terrones!

El sacerdote dejó la taza en la mesa.

—Sí, creo que lo he olvidado—dijo.

La Teuse le miró a la cara, encogiéndose de hombros. Envolvió en la servilleta una rebanada de pan moreno que también se había quedado sobre la mesa. Después, como el cura se dispusiese a

salir, corrió hacia él y se arrodilló gritando:

—Espere usted; los cordones de los zapatos ni siquiera están atados... No sé como esos pies resistan, con esos zapatos de labriego. Usted, de tan fino aspecto que aparenta haber sido tan mimado!... Vamos, fuerza era que el obispo le conociese a usted muy bien para que le diese el curato más pobre del departamento.

—Pero—dijo el sacerdote volviendo a sonreír— si soy yo quien ha elegido los Artaud... Esta mañana, la Teuse, está usted de muy mal talante. Por ventura, ¿no somos felices aquí? Tenemos cuanto nos hace falta; vivimos en la paz del paraíso.

Entonces la Teuse se contuvo, rióse a su vez, y contestó:

—Usted es un santo varón, señor cura. Venga usted a ver lo bien preparada que está mi lejía; mejor es esto que andarnos con disputas.

Tuvo que seguirla, porque le amenazaba con no dejarle salir si no la felicitaba por su lejía. Salía del comedor, cuando tropezó en el pasillo con unos cascotes.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Nada—contestó la Teuse, con su ademán terrible. Es el presbiterio que se viene al suelo. Pero como usted se encuentra bien, como tiene cuanto le hace falta... ¡Ah! No faltan grietas; mire usted ese techo. ¿No está bastante resquebrajado? Si el mejor día no nos vemos aplastados, justo es que ofrezcamos un desaforado cirio a nuestro ángel de la guarda. En fin, ya que así le conviene a usted... Lo mismo anda esto que la iglesia: dos años largos hace que deberían haberse sustituido los cristales rotos. En el invierno hasta el divino Señor queda transido de frío. Si hubiese cristales, esos granujas de gorriones no entrarían. Acabaré por pegar papel yo misma, se lo prevengo a usted.

—¡Eh! pues mire usted, no es mala idea—dijo en voz queda el cura,—se podría pegar papel... En

cúanto a las paredes, son más sólidas de lo que se cree... En mi cuarto, el suelo tan sólo ha cedido delante de la ventana. La casa nos enterrará a todos.

Llegado bajo el pequeño cobertizo, cerca de la cocina, extasióse en la contemplación de la lejía para dejar satisfecha a la Teuse; hasta fué preciso que la oliese y que hundiese en ella los dedos. Entonces la vieja, embelesada, se mostró maternal. Ya no volvió a refunfuñar, y corrió en busca de un cepillo, diciendo:

—¡Me parece que no va usted a salir con el lodo de ayer en la sotana! Si la hubiese usted dejado en la barandilla, ya estaría limpia... Todavía está buena esta sotana; pero recójala usted bien, cuando haya de atravesar un campo; los cardos lo destrozan todo.

Hacíale dar vueltas, como a un niño, sacudiéndole de pies a cabeza, con las violentas arremetidas del cepillo.

—Bueno, basta, basta—dijo el cura escapándose. —Tenga usted cuidado con Deseada, ¿estamos? Voy a decirle que me voy.

Pero en aquel instante una voz clara llamó:

—¡Sergio! ¡Sergio!

Deseada llegaba corriendo, radiante de alegría, con la cabeza al aire, con los negros cabellos sujetos fuertemente en la nuca, y con las manos y los brazos cubiertos de mantillo hasta los codos. Se hallaba limpiando sus gallinas. Cuando vió a su hermano a punto de salir con el breviario bajo el brazo, se puso a reír con todas sus fuerzas, besándole en plena boca, con las manos echadas atrás, para no tocarle.

—No, no — balbuceaba, — te ensuciaría... ¡Oh! ¡cuánto me divierto! Ya verás los animalejos cuando vuelvas.

Y huyó a toda prisa. El padre Mouret dijo que volvería allá a las once, para el almuerzo. Y púsose a andar, cuando la Teuse, que le había acom-

pañado hasta el umbral, le salió con sus últimas recomendaciones.

—No se olvide usted de ver al hermano Archan-gias... Pase por casa de los Bricbet; la mujer vino ayer, siempre para hablar de aquel matrimonio... Señor cura, escúcheme usted. Me he topado con la Rosalía; por su parte, no pediría cosa mejor que casarse con ese mocetón de Fortunato. Hable usted al tío Bambousse, quizás ahora le escuchará a usted... Y no vuelva usted a las doce, como sucedió el otro día. A las once, diga usted a las once, ¿no es así?

Pero el sacerdote ya no se volvió, y ella entró en la casa, murmurando entre dientes:

—¡Si ustedes se figuran que me escucha!... Aun no tiene más que veintiséis años y tan solo hace lo que le viene en gana. Pero, así como así, por su bondad, podría servir de modelo a cualquier hombre de sesenta años; pero apenas ha vivido, y nada le cuesta a ese hermoso muchacho ser tan puro como un ángel.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
C/da. 1625 MONTERREY, MEXICO